

Antonio Bello Quirga

DEPRESIÓN

Acedia, tristitia, taedium vitae, desidia son los nombres que los padres de la iglesia dan a la muerte que induce en el alma.

GIORGIO AGAMBEN

No es posible decir algo sobre ese poco claro estado de ánimo que ha sido llamado depresión, si no la ubicamos como una "pasión moderna". Sólo desde ahí podemos asimilar que las lecturas de la depresión resulten tan variadas, lo mismo se habla de un síntoma, un síndrome e incluso hay quienes han pretendido ver ahí una estructura clínica. Resulta paradójico, aunque no tanto, si se ha ubicado precisamente como una pasión moderna, que el origen de la palabra depresión no pertenezca a disciplinas como la medicina, la psiquiatría, la farmacología o incluso la psicología, como podría pensarse, sino que se encuentra en relación directa con el capitalismo, más en concreto, con la economía.

Si hacemos un breve acercamiento desde su etimología, la palabra *deprimir* aparece en castellano en el siglo XVI y es originaria del latín *deprimere*. Esta última deriva de *premere*, que significa apretar.

Por otra vertiente, la palabra depresión deriva del latín *depressio*, que significa abatimiento, descenso, concavidad y aparece en el siglo xvii, y "depresivo", en el xix. Si tomamos la partícula *preme-*, encontramos que se trata de un derivado del transitivo *preme*, que significa estrechar, oprimir. Desde ahí se pueden emparentar algunas palabras como suprimir, exprimir, comprimir o reprimir.

Si en la antigüedad no existía la depresión, entonces ¿de qué se hablaba? Alrededor del siglo v a. C., se conocía la *frenitis*, la *letargia*, la *mania* y la *melancolía*. Con estos significantes se pretendía dar cuenta de las *pasiones*, *afectos* y *sentimientos* ligados a la tristeza.

Durante la Edad Media se hablaba del Demonio Meridiano, que era un azote peor que la peste; este demonio escoge a sus víctimas entre los *homines religiosi* y los asalta cuando el sol culmina sobre el horizonte: su nombre Asedia. Según nos cuenta Giorgio Agamben, los escritos de la época los describían en este tenor:

La mirada del asidioso se posa obsesivamente sobre la ventana y, con la fantasía, se finge la imagen de alguien que viene a visitarlo; ante un crujido de la puerta, salta sobre sus pies; oye una voz, y corre a asomarse a la ventana para mirar; y sin embargo no baja a la calle, sino que vuelve a sentarse donde estaba, embotado y como amedrentado. Si lee, se interrumpe inquieto y, un minuto después de desliza en el sueño: se frota la cara con las manos, destiende los dedos y, quitando los ojos del libro, se fija en la pared.

Durante la Edad Media, se pueden identificar las bases de una diferenciación entre los "trastornos del humor" y las "pasiones del alma".

Se ha dado en llamar Edad Media al período que va desde la caída del Imperio Romano en el siglo v, hasta la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Entre la Alta (de *alte*, viejo en alemán) y la Baja Edad Media, los centros del saber médico irán

migrando geográfica e ideológicamente de acuerdo con los avatares políticos, militares y económicos.

Dos grandes fuentes se desarrollan en el tratamiento de la melancolía en la Edad Media: el platonismo agustiniano y el aristotelismo tomista.

Uno de los aportes originales de este período será la importancia concedida a los *espíritus* (natural, vital y animal). Herederos del *neuma* estoico, estos constituyentes físicos son portadores de las fuerzas o virtudes, actúan como mediadores entre el *alma* y el cuerpo. Este vínculo entre *espíritus* y el *alma* generará controversias en el mundo fuertemente cristianizado de occidente. Así, se intenta sostener en la Edad Media, con la complejidad que implica, que el cuerpo humano está compuesto por los humores, los miembros, las complexiones y los espíritus.

Isak ibn-Imram, en *De melancolia*, clasificará la enfermedad en tres formas, la que nace del cerebro, la que difunde a él proveniente de todo el cuerpo y la que nace en el estómago. Avicena habla de multiplicidad de síntomas y modulación sutil de las causas; Gordon señala que puede manifestarse a través de "millones de signos" y las cada vez más frecuentes descripciones de melancólicos que se transforman en maníacos harán que para el Renacimiento la melancolía abarque un campo cada vez más vasto hasta llegar a lo que hoy se ha dado en llamar *alienación mental*.

Con el cristianismo medieval, se retornarán a las ideas platónicas y aristotélicas que habían sido dejadas de lado por estoicos y epicúreos. ¿Qué significará esto? La reinclusión del *alma* en las consideraciones sobre la *psiquis*. Es justamente este retorno, a través de los neoplatónicos y neoaristotelistas, lo que marcará las diferencias entre los "trastornos del humor" y las "pasiones del alma" y que estará en la base de toda la discusión posterior y contemporánea sobre los *afectos*. Los pensadores cristianos que marcarán la Edad Media desde dos lugares diferentes serán fundamentalmente Agustín de Hipona (354-430) y Tomás de Aquino (1225-1274).

Si el cristianismo marcará definitivamente la historia de occidente, no lo hará menos ni en relación con la melancolía, ni con la psicopatología. Es en Agustín y Tomás donde podemos leer algo sobre los orígenes de los padecimientos del alma o afectos.

Pero en este punto vale la pena preguntarse: ¿En qué difieren los "trastornos del humor" y las "pasiones del alma"? Podremos ubicar mejor este tránsito entre una entidad si lo hacemos correr desde la noción psiquiátrica del *humor*, con sus raíces hipocráticas, a la noción psicoanalítica de *afecto*, lo que necesariamente, aunque de manera tangencial, nos hará hacer un deslinde de esa noción tan socorrida en la psicología llamada emoción.

Atendiendo a la teoría de los humores, que se atribuye a Hipócrates (460-380 a. C.), se sostenía la idea de que la salud era efecto del equilibrio entre ciertos humores o sustancias, en particular cuatro: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra, con sus cuatro cualidades correspondientes (caliente, frío, seco y húmedo) y sus combinaciones. Estos humores eran los causantes de los temperamentos del hombre. Si dominaba la sangre generaba el tipo sanguíneo, donde se mezclan el calor y lo húmedo; si era el de la flema o moco, donde se combinan lo frío y húmedo, el tipo era flemático; si en cambio era el de la bilis amarilla, donde predomina lo caliente y seco, da el tipo de los coléricos, y si se trataba de la bilis negra, donde se combinan lo frío y lo seco, entonces se presentaban los estados melancólicos.

Esta combinación de dos ejes: caliente-frío, por un lado, seco-húmedo, por el otro, se tradujo en la teoría de los elementos, según la cual hay cuatro elementos fundamentales en la naturaleza, en la psique y en todo lo que existe, son el fuego: caliente y seco; el aire: caliente y húmedo; el agua: fría y húmeda; la tierra: fría y seca.

Por lo tanto, la tierra, fría y seca, la melancolía, la depresión, van de la mano.

De estos cuatro humores, es el melancólico donde se ubicaría la *atrabilis* (tristeza), de la que hipócrates señala: "Cuando el temor

o la tristeza permanecen largo tiempo, entonces se trata de la melancolía".

Pero ¿cómo se describía la sintomatología de la melancolía, según los postulados hipocráticos?, ¿varían mucho con lo que hoy se dice de la depresión? Veamos, en el conocido caso 7 de Hipócrates, donde se puede leer:

Parmenisco, también antes sufría de episodios de desaliento, con deseos de quitarse la vida. Y luego, nuevamente, se ponía de buen humor. Cierta día, en Olinto, estaba acostado boca arriba sin hablar, manteniéndose inmóvil y esforzándose en pronunciar algo que apenas podía empezar a enunciar. Y si llegaba a decir algo, de nuevo se quedaba sin hablar.

Había momentos en que tenía sueño; padecía también de insomnio; agitación silenciosa continua; agitación inquieta; dirigía su mano hacia los hipocondrios, como si sufriese en esa región. A veces, también, se volvía boca abajo y se quedaba acostado inmóvil. Constantemente sin fiebre, con respiración buena. Después dijo que reconocía las personas que se le presentaban.

En lo que se refiere a la bebida, unas veces la rechazaba durante todo un día y una noche, aun cuando se le ofreciese; otras veces, arrebatada bruscamente el cántaro y se bebía toda el agua. Orina espesa, como la de las bestias de carga.

¡Al cabo de catorce días, se recuperó!

Para Celio Aurelio, el estado de salud depende de partículas que se hallan en perpetuo movimiento, llamadas *pneuma* o *spiritus*; la alteración de estos conductos genera enfermedad; el estado de relajación de estos principios es lo que produciría salud o su condición de comprensión (que concuerda con lo que de la etimología de la depresión hemos señalado), lo que genera enfermedad.

Otra lectura de los estados del ánimo proviene de los estoicos de la escuela del Pórtico (*stoa*, estoicos), fundada por Zenón de

Citium (335-263 a.C.). Para los estoicos, la realidad universal es objeto de la física, pero esta física sólo servirá de supuesto previo a una ética, donde el acontecer es absolutamente determinado, siendo el azar una ilusión: *Vivir conforme a la naturaleza* será el supremo bien que los sabios practican imperturbablemente, ajenos a las pasiones.

Pero para nuestros fines, aquí no podemos dejar de detenernos en los postulados de la llamada escuela Ecléctica. Pertenecen a ésta Areteo de Capadocia y Galeno. Se atribuye a Areteo la primera descripción de la psicosis maniaco depresiva, según las siguientes palabras:

Si (la bilis negra) tiende a fluir hacia arriba, al estómago y al diafragma, produce la melancolía, porque da flatulencia y eructos de naturaleza fétida y con olor a pescado, y los flatos retumbando hacia abajo perturban el entendimiento. Por esta causa, en épocas anteriores, estas personas eran llamadas melancólicas y flatulentas. Y sin embargo, en algunos de estos casos no existen ni la flatulencia, ni la bilis, sino simple cólera y aflicción, y una triste depresión espiritual... Es un decaimiento del espíritu provocado por una sola fantasía y sin fiebre; y a mí me parece que la melancolía es el comienzo y parte de la manía. Porque en aquellos que son dementes el entendimiento se transforma a veces en cólera y a veces en alegría, pero en los melancólicos se transforma en aflicción y abatimiento solamente. Pero aquellos que están dementes lo siguen estando la mayor parte de sus vidas, volviéndose tontos y haciendo cosas vergonzosas y terribles. Pero aquellos afectados por la melancolía no están cada uno de ellos afectados de acuerdo con una forma particular, sino que están, ya sea con sospecha de que han de ser envenenados, o huyen al desierto debido a su misantropía, o se vuelven supersticiosos, o contraen odio a la vida. O si en algún momento tiene lugar la distensión, en la mayoría de los casos sobreviene un júbilo, pero estas personas se vuelven dementes.

Los melancólicos son inquietos, tristes, desanimados, insomnes, son presas del terror si la afección hace progresos. Se ponen flacos por su agitación y llegan a perder el sueño vivificante... Se quejan de miles de sutilezas y desean la muerte. Desgarran sus propios miembros con espíritu religioso y para tributar una especie de homenaje a los dioses que exigen este sacrificio.

Galeno, a quien se considera el padre de la medicina, sostiene que las enfermedades del alma son, en lo esencial, lesiones de la sensibilidad y de la inteligencia, o bien, consecuencia de lesión primitiva o por "simpatía" del cerebro. Galeno, y en esto se le puede considerar el primer médico propiamente moderno, hace una relación entre la melancolía (un estado del ánimo o humor) y la epilepsia (un daño cerebral, físico).

Por paradójico que parezca, podemos encontrar una analogía en la base de lo que hoy llamamos "depresión", con lo que se argumentaba la bilis negra como su causa y los neurotransmisores modernos, en tanto que se sustentan en la misma lógica. Esto es, la depresión sería producto del aumento, disminución o alteración de sustancias químicas. Tanto los trastornos del humor antiguos como la neuroquímica sostienen que la manifestación clínica será un alza o baja, o aumento o disminución del "sentir". En la misma línea, se importará siglos más tarde la palabra "depresión" al campo psicopatológico.

En suma, parece ser que la historia de la depresión es la historia de las distintas miradas sobre lo que nadie sabe, ¿quizá la forma moderna de nombrar lo indecible que afecta al alma? Incluso no existe una cosa así como "la" depresión. Es probable que no exista, sino que haya personas, cada una singular e irrepetible, que se ven abrumadas por una serie de estados de ánimo muy variados, con sintomatología muy distinta, y todo eso se cataloga como "depresión".

Lo que caracterizará los siglos posteriores a la antigüedad en relación con la melancolía será la continuación de la teoría de los

humores, pero retomando la cuestión de "las pasiones", lo que conlleva un retorno a las ideas platónicas y aristotélicas.

El psicoanalista francés Jacques Lacan, en su texto *Televisión*, asociará la significación de *afecto* a la de *pasión del alma*, más que a la de *emoción* y las razones de ello se remontan justamente a las concepciones cristianas.

Es Agustín de Hipona, quien retomará la idea del *alma*, introduciendo un sujeto en un mundo de partículas. Es decir, la íntima percepción de la propia existencia, esto es, del espíritu, será para Agustín lo que supera el escepticismo estoico. Se puede apreciar esta postura en la siguiente frase:

Puede disputarse si las cosas en general y el alma en particular están hechos de fuego, de aire o de otro elemento; pero lo que no duda ningún hombre es de que vive, obra, piensa, ama o desea.

Por otro lado, Tomás de Aquino insistía en que las verdades de la fe y las propias de la experiencia sensible, así como las presentadas por Aristóteles, son compatibles y complementarias. La vasta producción tomista producirá tres giros fundamentales en lo que se refiere a la depresión: su idea del *alma*, de la *pasión* y de la "enfermedad". Este último aspecto no es nombrado por santo Tomás, sino como *vicio*. Ya que el hombre para él ha recibido de Dios todo lo que necesita para llegar con libertad a la perfección, el mal consistirá en la pérdida de la razón y de su libre elección. Sin eludir el problema, Tomás intentará dar respuesta de una manera original por medio de lo que piensa del *alma*.

Así, las pasiones que se vinculan al "objeto de la necesidad" serán las pasiones de lo irascible (la esperanza, la desesperanza, la audacia, el temor y la cólera) y las vinculadas al "objeto del deseo", se llamarán pasiones de lo concupiscible (el amor, el odio, el deseo y la aversión, la alegría y la tristeza), a las que Jacques Lacan llama "cobardía moral".

De estos *desvíos del alma*, el que nos interesa ahora es la *tristeza*, que es la pasión más peligrosa, "la que perjudica más al cuerpo". La tristeza se define como el sufrimiento que nace de la aprehensión interior de un mal. Así, la tristeza será una *insania o abandono a la pasión*:

Como la tristeza resulta de la presencia de un mal, éste impide el movimiento de la voluntad y obstaculiza el disfrute de su acto... Si la fuerza del alma es tanta que toda esperanza de evasión ha desaparecido, entonces el movimiento interior del alma que se ha hundido en la angustia queda paralizado hasta el punto de que no puede salir ni de un lado ni de otro; a veces, incluso, el movimiento exterior del cuerpo queda trabado hasta el punto de que el hombre cae y se mantiene en la estupidez.

En Freud, también vemos variaciones en el uso del término depresión. Establece diferencias conceptuales que lo llevarán a separarlo de la melancolía según los distintos momentos de su enseñanza. A modo de ejemplo, podemos recoger estos pasajes de su obra:

En cambio, en las neurosis —y no me refiero solamente a la histeria, sino al *status nervosus* en general— existe, primariamente, una tendencia a la depresión animica y a la disminución de la conciencia del propio yo, tal y como la encontramos, a título de síntoma aislado y altamente desarrollado, en la melancolía.

Aquí emplea la palabra depresión como síndrome y síntoma en el mismo párrafo y diferenciándolo del de melancolía, además de dejar ver la idea de que en las neurosis en general existe primariamente una tendencia a la depresión.

Y aquí:

Los sueños de los niños pertenecen precisamente a este género, poseyendo un claro sentido y no causando extrañeza ninguna, cosa que, dicho sea de paso, constituye un nuevo argumento contra la reducción del sueño a una actividad disociada del cerebro, pues no hay razón alguna para suponer que tal depresión de las funciones psíquicas ha de constituir un carácter de los sueños de los adultos y no, en cambio, de los sueños infantiles.

Así, esta pasión moderna, la depresión, parece más bien una adaptación cinematográfica —si creemos que las expresiones históricas de tiempos de Freud eran leídas como representaciones teatrales— que busca cumplir con los mandatos del mercado, una forma de múltiples rostros con que representar el dolor, el sufrimiento del alma, la pasión de existir.

RESENTIMIENTO

Uno se da cuenta, de golpe, de que los clavitos no encajan en los pequeños agujeros.

JACQUES LACAN

El resentimiento se encuentra asociado a la desilusión y la desesperanza, y se reconoce fuertemente emparentado con la frustración y el remordimiento. Es un sufrimiento, una pasión sin rostro, se mueve por lo subterráneo, y es, por tanto, uno de los principales generadores de reacciones imprevisibles.

Del resentimiento dice el *Diccionario* de la Real Academia Española: "m. Acción y efecto de resentirse". Y, a su vez, de resentirse señala: "1. Empezar a flaquear o perder fuerza. 2. fig. Tener sentimiento, pesar o enojo por una cosa. 3. Sentir dolor o molestia en alguna parte del cuerpo, a causa de alguna enfermedad o dolencia pasada".

El *Diccionario etimológico* de Corominas la sitúa como derivación de sentimiento, antecedido por el prefijo *re*, que según este autor proviene del latín y significa repetición. Y además enseña que en su relación con adjetivos o adverbios puede reforzar el valor de intensificación. Esto es, con el resentimiento nos encon-